

# Los alcohólicos hoy

Yves Pelicier\*

## Summary

In a society relatively permissive concerning alcohol, individuals enter a cycle of alcoholisation very early on, at the time of adolescence. Emergence of the drug addiction phenomenon during the 1970's led to relativisation of the problem of alcoholism. Nevertheless, while all do not become alcohol abusers, many do not emerge from this encounter unscathed.

In the eyes of the public, the way of drinking has more significance than amounts consumed and the alcoholic is reproached more for his lack of decency in exhibiting his physiology than for his lack of self-control.

The alcoholic is reassuring to the group by demonstrating the virtue of abstinence but he also worries us by making us aware of the perils which threaten us.

The drinker appears to organise his consumption as a vast arrangement to avoid any relation with his surroundings but human existence is characterised by exchanges with surroundings.

The question then arises as to what was his situation before he drank?

Contemporary "alcoholology" is more attentive than in the past to the personality of the alcohol abuser. The existence of effective physiological treatment methods often delays the onset of somatic complications. Psychological and behavioural management of the patient is essential. We must become used to the idea that heavy drinkers are not only patients but individuals whose whole life is sick.

## Resumen

En una sociedad relativamente permisiva frente al alcohol, los individuos penetran muy pronto, en el momento de su adolescencia, en un ciclo de alcoholización. La emergencia del fenómeno de la toxicomanía en los años 1970, ha relativizado el problema del alcoholismo. Sin embargo, si bien no todos se convierten en enfermos del alcohol, un gran número no salen indemnes de ese encuentro.

Para el público, la manera de beber tiene más importancia que las cantidades consumidas y se reprocha más al alcohólico la indecencia que supone exhibir su fisiología que su pérdida de control.

El alcohólico es tranquilizador para el grupo al que demuestra las virtudes de la abstinencia, pero, a la par, inquieta al obligarnos a considerar claramente los peligros que nos amenazan.

El que bebe parece organizar su consumo como si fuera un amplio dispositivo para evitar cualquier relación con el prójimo, pero, sin embargo el intercambio con el prójimo es lo que caracteriza la existencia humana.

La alcoholología contemporánea es más atenta que en el pasado a la personalidad del enfermo del alcohol. La existencia de tratamientos fisiológicos eficaces permite frecuentemente retardar la aparición de las complicaciones somáticas. Es indispensable el tratamiento psicológico y conductual del

paciente. Hay que acostumbrarse a la idea de que los grandes consumidores de alcohol no son solamente enfermos sino sujetos cuya vida entera está enferma.

Aunque Francia, con sus 5 millones de bebedores excesivos esté tristemente a la cabeza de todos los países, se comete siempre un cierto número de contrasentidos concernientes a la intoxicación y a los intoxicados. No obstante, es necesario ser más precisos aunque sólo sea para ser más eficaces. En una sociedad relativamente permisiva para el alcohol, los individuos entran muy tempranamente desde el momento de la adolescencia dentro de un ciclo de alcoholización. No todos se vuelven enfermos del alcohol pero muchos de ellos no salen indemnes de este encuentro. Las consecuencias sociales, económicas y médicas son muy conocidas, pero no es seguro que se mida realmente el precio muy elevado, en particular por la suma de sufrimientos así desencadenados. En este texto se plantea un cierto número de preguntas, y las respuestas aparecerán sin duda difíciles e incompletas.

## ¿Quién es el alcohólico?

Para el público el alcohólico es como el loco. Ambos son sospechosos de ser hombres de placer. Se les observa, se les denuncia, son objeto de risa o de acusación.

Este exterior del bebedor se expresa en el reconocimiento de las formas de beber. Sin duda cada individuo bebe a su modo pero la manera de beber es más o menos un compromiso entre el deseo del bebedor y una tradición. Por este hecho, cada región, cada cultura se da en este terreno sus propias reglas. El código de beber no está inscrito pero es muy riguroso. En el interior del código se puede beber en exceso sin ser notado. Hacia el exterior la censura no puede evitarse. Durante largo tiempo la mayor parte de los bebedores se conforma con el código del grupo. En un momento clave de su evolución están en la imposibilidad de respetar esta regla del juego. Para estudiar las maneras de beber (Pelicier, 1983), hay que seguir un tamizado para anotar el momento, el ritmo, la calidad, el tipo de bebida, el sitio. De una manera general, el beber no es un problema cuando el gesto de consumo está justificado, ya sea por una necesidad de reparación fisiológica, ya sea por la convivialidad.

El bebedor solitario es siempre sospechoso: ocultarse para beber evoca un deseo mal controlado. Las

\*Consultations de Psychiatrie et de Psychologie Clinique des Adultes. Hôpital Necker-Enfants Malades. 149, rue de Sèvres - 75015 Paris. (Traducción de H.P.R.)

profesiones liberales son tolerantes para el consumo de alcohol en la noche, después del trabajo. En ciertos oficios se puede beber el fin de semana pero no durante los días laborales. La calidad de lo que se bebe atestigua también la adhesión o la ruptura con los valores del grupo. La manera de beber es más significativa para definir la situación del sujeto en relación con el alcohol que las cantidades consumidas. No obstante, después de la manera de beber, el exterior del alcohólico está determinado por el resultado de la alcoholización. ¿Qué se le reprocha a un alcohólico ebrio? Rara vez su pérdida de control sino más bien la indecencia que tiene para exhibir su fisiología. El borracho es un exhibicionista y a veces, como Noé, es impúdico. Ahora bien, este exhibicionismo muestra una desnaturalización por el tóxico, un desenmascaramiento de la animalidad tan cuidadosamente envuelta bajo el ropaje de la humanidad. Este borracho ofrece a los otros su suciedad, su mal olor, su falta de higiene. La pertenencia de este *clochard*\* al grupo social es particularmente cuestionada. Sólo se le percibe para rechazarlo. Su pobreza misma pasa desapercibida pues el problema es la exhibición de su animalidad. Ya sea que se trate de almas compadientes que lo cruzan sin verlo o de policías encargados de conducirlo a la expurgación y a la ducha, el *clochard* aparece casi como una especie no humana. Es el colmo de lo que el alcohólico puede representar para los otros. Hay en la borrachera una "alcoholización-espectáculo" que determina la mirada. Otras alcoholizaciones no menos temibles son secretas y discretas.

Frente a este alcohólico manifiesto las actitudes del grupo son ambiguas. De cierta manera asegúra a los otros al producir su debilidad como valorización de la fuerza de éstos. Lleva en sí la oscuridad del grupo y deriva hacia él la inquietud. Tiene a veces el aspecto de lo que los etnólogos llaman un "clown" social: se diría que está encargado de hacer las cosas al revés para poner en evidencia la buena voluntad de aquellos que las hacen al derecho. Como un ilota entre los espartanos, demuestra por su pasión las virtudes de la abstinencia. El borracho puede ser tolerado dentro de un pequeño grupo porque tiene una función de tranquilización. Si el enterrador está habitualmente ebrio, por lo menos entierra en su ebriedad la multitud de deseos inconfesados de los otros parroquianos.

Pero la ambigüedad hace que este alcohólico sea también alguien que inquieta en la medida en la que, cualquiera que sea el trabajo que se dé para parecer diferente, nos remite a nuestra propia imagen de bebedor, a los peligros que nos amenazan. Este extraño es a pesar de todo un hermano que es entonces el cartel que subraya los peligros que corremos: ¡desconfiad, callaos, podeis ser víctimas de vuestra garganta enemiga!

\* Personaje popular típico de París que posee características sui generis de alcoholización, vagabundeo y resistencia a las normas sociales; suelen mostrar conductas histriónicas y son muy celosos de su individualidad (N. del T.).

## ¿Una evolución de las mentalidades?

A pesar de todo lo que acabamos de decir, el alcohólico, en el sentido del público, se aproxima a nosotros probablemente porque ha sufrido el contraimpulso de los toxicómanos. El toxicómano es joven, es frecuentemente provocador, nos sorprende, nos escandaliza. El alcohólico tiene todas las edades y en la discusión siempre está excusando su alcoholismo, dando la impresión que quiere mentir cuando busca la aprobación. Es todo el problema de la "mala fe". El toxicómano nos inquieta porque vive en su propio tiempo, porque viaja de tal manera que a veces se le localiza difícilmente. El alcohólico es mucho más previsible; retrasado o avanzado, se sitúa en una circularidad. Las etapas de su viaje son como estaciones. No se alejan de los lugares en donde consumen sin miedo ni reproche. No rompe las amarras incluso si los otros toman sus distancias. Paradójicamente la emergencia del fenómeno toxicomaniaco, hacia los años 70, sirvió a la causa de los alcohólicos.

A final de cuentas el alcohólico está bien aprisionado entre varios discursos especializados, mientras que hace varios decenios se le percibía dentro de la perspectiva solemne y globalizadora del azote social. Existe el médico que habla de sus enfermedades, el magistrado que sanciona su delincuencia y sus excesos de velocidad, el patrón que deplora la mala calidad de sus servicios profesionales, el cónyuge que acusa en nombre de la familia. Lo que ocurre es una especie de mutación de la denuncia global del alcohólico en beneficio de una denuncia y de una moralización sectoriales. A final de cuentas lo que dominaría actualmente sería la extraña actitud del grupo de bebedores irracionales. Se discute sobre el escándalo que existe en buscar un placer tan peligroso para sí mismo y para los demás. Al mismo tiempo se le compadece porque tal placer es finalmente una desgracia. Entre el placer y la desgracia el alcohólico continúa bebiendo, amortiguado entre su percepción de las cosas por el tóxico y sin que se emocione para nada cuando está bajo su imperio.

## Los tres mundos del alcohólico

Hemos evocado al alcohólico tal como aparece bajo una luz a la vez permanente y sin embargo modificada por la actualidad. Pero también hay que mirar hacia la calidad de vida y la relación del tóxico con la existencia del intoxicado.

El bebedor parece organizar su consumo como un basto dispositivo para ausentarse. La existencia humana es presencia, pero estar presente cuesta caro porque es necesario mantener constantemente una reciprocidad: saber dar, poder recibir, hay que reconocer y hacerse reconocer. Toda existencia sólo es plenamente humana por relación a una identidad y a una validación recíproca. Una simple configuración social no detiene en una situación humana sino en función de una presencia. Se podrían citar, en apoyo de estas observaciones, tanto textos filosóficos como documentos etnológicos o sociológicos. Ahora bien, el

mayor bebedor rehusa esta relación de presencia. La sociabilidad que se le imputa al alcohol sólo existe en el bebedor controlado. El bebedor irracional es como una piedra lanzada al lado de los otros. El cuerpo que lo compromete en la relación no es un cuerpo carnal listo para la reciprocidad, para el intercambio del amor y de la sexualidad. Es un cuerpo-objeto transformado más o menos, desnaturalizado, verdadero receptáculo de la bebida "sagrada". La vivencia de este bebedor excesivo se distribuye de hecho entre tres mundos, tema que hemos estudiado hace algunos años (Pellicier, 1975). El primer mundo es el de los otros, aquel en el que el bebedor está en ayunas o casi; es el mundo de su acusación porque en ese momento no puede escapar al discurso y a las críticas, de tal manera que para salir de la cárcel y del tribunal es remitido a su propio deseo que es el de consumir. El segundo mundo es el de la ebriedad eufórica: es el mundo de la omnipotencia del deseo en el que todo se vuelve simple, accesible. Las palabras del discurso dicen o parecen decir todo aquello que se quiere decir, las palabras del otro son filtradas y retransmitidas con una intensión placentera. La magia de la droga-alcohol rejuvenece, levanta las barreras. Crea un universo de pacotilla donde es fácil tomar el relumbrón del bazar por el tesoro de Golconda\*. Los acusadores quedan abolidos; cada ebriedad es la noche en que quedan abolidas las dificultades y los conflictos.

El tercer mundo es un mundo abismal, el de la ebriedad profunda casi mortal o de coma; el viaje alcanza aquí los extremos de la noche. De aquí se regresa como se regresa de la muerte. A veces se puede precipitar en ella como se va hacia la muerte. A veces, por lo demás, es ella la que se presenta al final de la experiencia. A veces el viaje es irreversible. La oscuridad alcanzada es la de la encefalopatía o la de la demencia. El alcohólico logra su ausencia pero ya no la puede modular por las oscilaciones que realizó largo tiempo entre los tres mundos.

En esta vivencia, el fin perseguido a través de las conductas de consumo excesivo, no es verdaderamente un cumplimiento en la muerte. Lo que rechaza el gran alcohólico no es tanto la vida como la presencia con sus cargas. Frecuentemente cuando el gran intoxicado está colocado frente a la inminencia de su propia muerte, queda como sorprendido en el sentido más fuerte del término. De esta manera la vivencia de este bebedor excesivo es objeto actualmente de una atención e incluso de una tolerancia más especial. Al pasar de la condena del exterior del alcohólico hacia una captación del interior, se ha producido algo que modifica la mirada.

Hay actualmente una tendencia general para admitir la privatización del destino. La declinación de las ideologías colectivas permite al individualismo afirmarse haciendo menos escándalo. Por este hecho el beber aparece como una elección privada del destino.

Por otra parte tenemos una experiencia más amplia de la variedad de los comportamientos humanos. La

"comedia humana" se ha ampliado hacia otras anomalías de la conducta. La alcoholización parece más familiar y se instala en una cierta trivialidad. Finalmente, un cierto número de temas provenientes de la psicología y de la sociología permiten concebir mejor ese gesto peligroso de beber en exceso: se observa el efecto que si el bebedor está ausente es necesario decir dónde está su sitio antes de que beba. Esta pregunta, que no tiene necesariamente una respuesta, relativiza la responsabilidad del intoxicado. Por otra parte la pregunta de por qué bebe es objeto de múltiples tentativas de solución, desde las hipótesis planteadas sobre la carencia afectiva precoz, hasta la teoría de los acontecimientos vitales predisponentes.

Todas estas explicaciones forman como otros tantos apoyos a una nueva mirada más tolerante frente al alcohólico.

### El ciclo de la alcoholización

Se emplea frecuentemente en la actualidad la expresión "enfermo del alcohol" y hay ahí más que una moda una concepción nueva sobre las relaciones del individuo con su tóxico.

Una de las nociones que parece actualmente muy útil es la del ciclo de la alcoholización. De una manera general, la existencia humana puede ser objeto de una descripción bajo la forma de periodos de maduración, separados por crisis: la crisis de la pubertad, la crisis del adulto joven, la crisis del adulto, la del climaterio o la de la tercera edad, son ejemplos de esta orientación que permite observar en particular que ciertos fenómenos patológicos no aparecen al azar, bajo cualquier condición. Cualquiera que sea su etiología hay frecuentemente un encuentro con uno de estos momentos de ruptura en el equilibrio del organismo. Se conocen las clasificaciones propuestas por Jellinek y por Fouquet. Tienen el mérito de tipificar muy bien ciertos cuadros y favorecer una evaluación en cuanto a la profundidad del dominio del alcohol. Alonso Fernández ha propuesto la fragmentación dinámica de la existencia alcohólica distinguiendo al bebedor excesivo del bebedor dependiente. En el mismo espíritu nos parece posible contemplar la intoxicación alcohólica como una nueva distribución de los ciclos existenciales. El alcohol substituye el proceso fisiológico normal para remodelar el tiempo biológico y psíquico del individuo. A partir de las conductas de alcoholización, que en un país como Francia conciernen a la gran mayoría de los individuos a partir de la adolescencia, se asiste a una serie de etapas que conducen hasta los extremos si no son objeto de una intervención.

El alcoholizante es aquel que a través de las conductas de alcoholización, generalmente controladas y espaciadas, anuda una relación *demasiado* estable con la bebida alcoholizada. Nada más que esta relación demasiado estable todavía no es patológica. No se trata de un enfermo sino de un candidato eventual.

El alcoholizado sufre en su cuerpo y en su espíritu la limitación de una alcoholización francamente estable y regular que lo marca como se marca un animal del que se es propietario. Este alcoholizado, más allá incluso

\* Antigua ciudad de la India, cerca de Hiderabad, arruinada por Aurangzeb en 1687. Los sultanes habían acumulado ahí innumerables tesoros (N. del T.)

de la conducta de alcoholización, no es objeto de un cuidado autónomo ni asistido.

El alcohólico, que es el verdadero enfermo del alcohol, sufre ya sea en su cuerpo, ya sea en su espíritu o en sus comportamientos, el efecto pleno del tóxico. Este enfermo del alcohol no es forzosamente dependiente en el sentido en el que la suspensión de la intoxicación le es imposible, o en todo caso muy difícil. En una etapa ulterior se convierte a la vez en el portador de una patología manifiesta y en la víctima de una imposición por la necesidad del alcohol, aunque sea de manera oculta. Cuando la necesidad está bastante presente, cuando la abstinencia es un tormento, se encuentran realizadas todas las condiciones de una evolución muy grave que escapa a veces a toda posibilidad terapéutica. Es en esta última forma que se puede observar lo que se podría llamar un "alcoholismo molecular". El enfermo del alcohol bebe no importa qué, con tal de que la bebida contenga la molécula etílica. Es evidente que la intervención más eficaz es a nivel del alcoholizante, que es frecuentemente joven, bastante inocente en cuanto al riesgo, y suficientemente maleable frente a las advertencias y las observaciones precautorias. Contra el alcoholizante, no obstante, juegan en nuestro país de manera importante, el contexto social, los oficios, la mística del alcohol, la facilidad y el bajo precio del producto.

Ahora bien, si se trata de la dependencia que se observa en el alcoholizado, nos parece interesante no aislar sino aproximar el encadenamiento del hombre con el alcohol, con otras situaciones completamente comparables. Es dentro de esta perspectiva que definimos el objeto totalitario.

### El objeto totalitario

Vivimos en un sistema de objetos investidos y que tienen con nosotros una relación privilegiada. Lo que llamamos objeto totalitario es una enfermedad mortal del sistema de los objetos. Se produce, en efecto, una especie de captación del sujeto, una especie de incautación del individuo por uno de los elementos del sistema, que es investido de una manera tan excesiva que llega a ocultar a todos los otros. Cuando está ausente es deseado y se inscribe dentro de una relación de falta y de necesidad. El objeto totalitario es el útil de la dependencia. El consumidor es de hecho consumido. Cree elegir pero es elegido. Piensa actuar pero es actuado. El objeto totalitario tiene por característica esencial desposeer al sujeto, es decir al actor de la situación, de toda influencia sobre ella. De hecho si la palabra situación remite a un sistema organizado por y para un hombre percibido por un sujeto, el objeto

totalitario destruye la posibilidad de una situación. El hombre víctima del objeto totalitario ya no está en situación: es manipulado por su droga.

De esta manera, el alcohol para el alcohólico, la droga para el drogadicto, el juego para el jugador, la ideología fanática, constituyen sistemas totalitarios. El bebedor frente al alcohol está en una posición extraña, la del consumidor que será consumido por su objeto, la de un sujeto que a partir de una pretendida búsqueda del placer encontrará finalmente una larga cadena de sufrimientos. Se puede uno interrogar sobre lo que permite que un sistema bascule hacia el totalitarismo. El objeto totalitario es sin duda la respuesta a una carencia.

El hecho de beber y de embriagarse no tiene nada de respetable. El enfermo del alcohol, por lo contrario, debe ser respetado en la medida en la que sufre, cualquiera que sea la parte de responsabilidad que tenga en su desgracia. No es por azar si casi en el mismo momento todos aquellos que tienen que ver con tales pacientes han experimentado la necesidad de una revisión de ciertas actitudes de censura y de estigmatización de las que hay que decir que son incitaciones a beber, más que incitaciones al control. Muchas investigaciones biológicas, psicológicas y de la comunicación deben realizarse todavía para que sepamos verdaderamente cómo comportarnos con esos pacientes. Mientras tanto démosles toda nuestra atención al mismo tiempo que los cuidados que sugiere el estado actual del saber en materia de alcoholismo.

La alcoholología contemporánea está más atenta que en el pasado a la personalidad del enfermo del alcohol. La existencia de tratamientos fisiológicos eficaces permite frecuentemente retardar la aparición de las complicaciones somáticas. Es indispensable el tratamiento psicológico y comportamental del paciente. Hay que acostumbrarse a la idea de que los grandes consumidores de alcohol no son solamente enfermos sino sujetos cuya vida entera está enferma. Si encontramos los medios de reducir su necesidad de beber —y tal vez en este terreno habrá que esperar los progresos de las quimioterapias—, no deja de ser necesario el ayudarlos a vivir sin ese hábito que se había vuelto tiránico. Frecuentemente los médicos tienen tendencia a rechazar a estos pacientes porque los consideran como enfermos voluntarios, responsables en cierta manera de sus perturbaciones. Esta actitud es perfectamente negativa y es importante evitar los juicios de valor. El enfermo del alcohol, cualquiera que sea la gravedad de su estado, es un ser sufriente al que hay que ayudar; y frecuentemente hay que ayudar igualmente a su medio ambiente a soportar una situación particularmente dolorosa.

### REFERENCIAS

PELICIER Y: Les trois mondes de l'alcoolique. *Annales de Psychothérapie*, suppl. No. 11, 5-10, 1975.  
PELICIER Y: Du buveur à l'alcoolique, les essais de classification. *La Vie Médicale*, feb. 4: 139-144, 1978.  
PELICIER Y: Les manières de boire. *Alcool ou Santé, Revue*

*du Comité National contre l'Alcoolisme*, 167: 38-41, 1983.  
PELICIER Y: Cycles d'alcoolisation et maladie alcoolique. *Soins*, 421-422, 3-6, enero, 1984.  
PELICIER Y: L'objet totalitaire. *Revue de l'Alcoolisme*, 30 (1): 54-58, 1984-1985.